La situación de Sacco

La suerte de Nicolás Sacco, recluído en un manicomio para su observación, parece que está librada al peloteo de sus jueces, en cuyo juego el mismo colegio de defensa no ha dejado de obrar en forma contraproducente. Ya en ocasiones anteriores, la actividad del colegio de defensa, empeñado en buscar por propia cuenta a los verdaderos culpables del hecho imputado a Sacco y Vanzetti, sustituyendo en esto a los tribunales y ejerciendo de pesquisantes, nos probó malamente.

Ahora, según el órgano del Comité Central pro Sacco y Vanzetti, "La Agitazione", de Boston, resulta que la defensa ha vuelto a hacer el juego de los jueces, al presentar en la audiencia del 16 de marzo, con la intención de salvar a Sacco de las torturas del hambre, una instancia a objeto de persuadirse de las condiciones generales del recluso, y hacerlo alimentar por la fuerza, si necesario fuera. Ante esta instancia de la defensa, que mereció los más vivos elogios del juez Thayer, éste respiró tranquilo, pues ella le suministraba el arma necesaria para desvalorizar la protesta de Sacco haciéndolo aparecer como un insano. De no haber intervenido la defensa en la forma que lo hizo, nada hubiera podido hacerse para interrumpir la huelga de hambre, dada la situación de Sacco que, ante la ley, es todavía un procesado y no un sentenciado.

El juez Thayer, ante la demanda de la defensa, se apresuró a ordenar a los alienistas la información del caso, dada al día siguiente. En el informe del primer alienista de la acusación se excluye la insanía absoluta y se declara que el presente debilitamiento mental del prisionero, las alucinaciones a que está sujeto, la indiferencia hacia cuanto lo rodea, y que debiera interesarlo vitalmente, son consecuencias del prolongado ayuno. El alienista de la defensa corroboró este informe, aconsejando como el anterior que Sacco fuera confinado en el Boston Psychopatic Hospital para ser alimentado y observado. El segundo alienista de la acusación afirmó por el contrario que Sacco es un loco, y que los síntomas de su demencia comenzaron a manifestarse poco después de su segregación en la cárcel de Dedham.

Esto era el triunfo para los jueces, quienes insistieron en la necesidad de confinar a Sacco en el manicomio para que, así, su huelga de hambre apareciera como el producto de una mente desequilibrada, y no como la firme decisión de una voluntad consciente. Y Sacco fué confinado, y después de diez días de observación los especialistas informaron acerca de su estado mental. En el informe se hace una exposición detallada de las manifestaciones psíquicas del recluso. Un estudio acabado de las condiciones mentales y físicas de Sacco ha convencido a los alienistas que no se hallan en él trazas de insanía ni formas de alucinación maniática. Según el informe, Sacco ha respondido a las varias preguntas que se le formularon, demostrándose plenamente consciente de sus actos. Ha explicado los motivos que lo indujeron a la huelga de hambre, iniciada como protesta contra las prolongadas y sucesivas dilaciones legales. — "Mejor morir — ha dicho — que continuar sometido a una horrible tortura física y moral."

El viernes 30 de marzo ha tenido lugar una sesión especial de la corte en Worcester, en la cual participaron los representantes de la acusación; los psiquiatras y los abogados de la defensa, y en esa sesión, en vez de fijar la fecha de la audiencia, se ha resuelto someter a Sacco a un nuevo "examen" mental.

Este es un juego inacabable en el que se procura ganar tiempo dando largas al asunto y dar como cierta la locura de Sacco, aunque el informe de los expertos diga lo contrario. Y lo peor es que el propio colegio de defensa, en lugar de atacar tales maniobras, se complica en ellas dándole su aprobación, actitud dudosa de la que se ha ocupado duramente "L'Agitazione".

Para completar esta información transcribimos de "La Notizia", diario de Boston que desde el primer momento ha sostenido la inocencia de Sacco y Vanzetti, el suelto siguiente publicado el día después de haberse decidido Sacco a tomar alimento, para substraerse a la alimentación forzada:

Decíamos ayer que la experiencia de los alienistas excluía la posibilidad de una duda acerca de las condiciones mentales de Sacco y... en efecto, el diagnóstico ha sido plenamente confirmado por la decisión del pobre mártir inocente que ha declarado su voluntad de interrumpir el ayuno. Verdaderamente los actos de voluntad y la firmeza de propósitos no son características demasiado comunes de los dementes, pero evitemos el internarnos en una discusión técnica, para no correr el riesgo, los más profanos, de hacer la figura del sabio que observó al capitán-médico que no estaba muerto!

¿Recordáis la rancia historieta que ha afligido casi a tres generaciones y que reaparece, cada tanto, angustiosamente idéntica, malgrado el camouflage? El capitán-médico, seguido de un caporal, visita una de las salas del hospital. Un soldado se ha tirado el lienzo sobre la cara, como suelen hacerlo los enfermeros para cubrir los cadáveres; el capitán, pasando, murmura: ¡está muerto, pasemos adelante! Pero, el enfermo se quita el lienzo de la cara y exclama: no estoy muerto, y el caporal dice, entonces, severamente: Calla, bestia, ¿sabes más que el señor capitán?

En el caso de Sacco el capitán podría ser el cuarteto de alienistas, y la parte del caporal, no la auguramos, pero podría ser interpretada por la corte!

La imprevista decisión de Sacco pone en serio peligro la autoridad de los alienistas, porque el prisionero ha declarado que desiste de la huelga de hambre para demostrar que no está loco, y que no lo era cuando, desconfiando de la posibilidad de una completa rehabilitación, había escogido la dolorosa muerte por hambre, como protesta contra el tormentoso suplicio de la espera.

También en esta nueva fase del proceso Sacco y Vanzetti, a lo trágico se añade lo ridículo, a la tragedia la farsa, y el diagnóstico de los alienistas hace recordar, por asociación de ideas, la "Maison de Sante" de monsieur Maillard y el "system of Soothing"...!

Carrera de antorchas

Cuéntase que en la Antigua Grecia celebrábanse unas carreras, llamadas de las antorchas, en las cuales cada corredor llevaba una antorcha, y cuando un corredor caía otro corredor tomaba de su mano la antorcha, cuya llama era mantenida siempre en alto, por muchos que fueran los corredores caídos.

Los antiguos griegos, tan amantes de generalizar en bellas imágenes su pensamiento, simbolizaban en esa antorcha la llama de la vida, y en esos corredores a todos los seres humanos, a través de los cuales, de unos en otros, va pasando y perpetuándose, inextinguible, la vida.

La llama del ideal, lo mismo que la llama de la vida, pasa también, como una antorcha, de la mano de un luchador caído a la mano de otro luchador que continúa la marcha siempre hacia adelante. Por cada luchador que cae hay otro luchador que se levanta, y éste alza en su brazo la antorcha abandonada por la mano que desfallece del luchador caído. Caen y caen los porta-antorchas, sobre ese camino batido de sacrificios que los pueblos han tendido hacia la libertad del hombre, pero la antorcha resplandece siempre.

Para que siga esta carrera de antorchas, nunca detenida, muchos brazos de esforzadores luchadores se han mantenido, aunque penosamente, en alto, por más que el cuerpo se retorciera al dolor de las heridas; y muchos mártires quemaron, como combustible, el fervor de su fe y su sangre de sacrificio, manteniendo, inextinta, la llama de la antorcha.

Que por cada brazo que desfallezca otros más lo substituyan con ventaja; que se multipliquen las antorchas en esta carrera hacia el porvenir, y así será logrado el objetivo ideal de nuestra lucha: la libertad.

La autoridad

Decían los antiguos que el *poderoso Zeus, al arrebatarle la libertad a un hombre, le quitaba la mitad de su virtud.* Muy bien: perdemos lo más grande y lo mejor de nuestro ser al sufrir el oprobio de la esclavitud; pero ¿qué ganamos desde el instante que ascendemos al rango de autoridad? Cojamos al ente más inofensivo, otorguémosle la más diminuta fracción de mando; y veremos que instantáneamente, como herido por una vara mágica, se transforma en un déspota insolente y agresivo.

Pocos, poquísimos hombres conservan en el mando las virtudes que revelan en la vida privada. La piedra de toque para valorizar a un alma no debemos buscarla en el infortunio, sino en el poder: encumbremos al *justo*, y en la cima le descubriremos imperfecciones que no le veíamos en el llano.

Nada corrompe ni malea tanto como el ejercicio de la autoridad, por momentánea y reducida que sea. ¿Hay algo más odioso que un niño vigilando a sus condiscípulos, que un sirviente haciendo el papel de mayordomo, que un jornalero desempeñando el oficio de caporal, que un presidiario convirtiéndose en guardián de sus companeros? Si alguacil pudiéramos nombrar al inerme gusano, al punto lograríamos metamorfosearle en víbora.

Pregunta un viejo yankee a un inmigrante recién desembarcado en Nueva York.

—¿Es usted un republicano?

—No, yo no soy republicano.

—¿Es usted demócrata?

—No, yo no soy demócrata.

—¿Entonces...?

—Soy de la oposición, siempre contra el gobierno.

Este diálogo resume los sentimientos de una alma libre; rechaza el principio de autoridad y le declara guerra donde la encuentra. ¡Ojalá todos pensaran como él!

Porque, si en opinión de los fanáticos, el *principio de la sabiduría* es el temor a Jehová; en concepto de los hombres libres, la cordura de un pueblo estriba en el menosprecio a la autoridad. Eso que llaman *desacato y lesa majestad* carece de sentido para las gentes emancipadas, sólo tiene significación para el enjambre de palaciegos y cortesanos.

¡Qué náuseas sentiríamos, si conociéramos el número de crímenes y bajezas que simbolizan la banda de un presidente, la mitra de un obispo, la medalla de un magistrado y las charreteras de un general! ¡Cuántas genuflexiones y curvaturas! ¡Cuántos empeños y chismes! ¡Cuántos perjurios y cohechos! ¡Cuántas prostituciones de las madres, de las hermanas, de las esposas y de las hijas! A mayor encumbramiento, mayor ignominia, pues hubo que arrastrarse más para subir más alto.

Las muchedumbres no deben alucinarse con títulos pomposos ni dejarse deslumbrar con uniformes o vestiduras churriguerrescas. Se halla en la obligación de repetirse noche y día que el mando no implica superioridad sobre la obediencia, que la blusa del jornalero no tiene por qué humillarse al frac del Presidente. Si cabe alguna diferencia entre el jefe supremo y el simple ciudadano, la diferencia redunda en honor del segundo; el ciudadano paga, el Jefe Supremo recibe la remuneración; uno es el amo, el otro es el doméstico. Los pequeños y los grandes dignatarios de la nación no pasan de lacayos más o menos serviles: todo uniforme es librea, como todo sueldo es propina.

Odiemos, pues, a las autoridades por la única razón de serlo; por el solo hecho de solicitar o ejercer mando, se denuncia la perversidad en los instintos. El que se figura tener alma de rey, posee corazón de esclavo; el que piensa haber sido creado para el señorío, nació para la servidumbre. El hombre verdaderamente bueno y libre no pretende mandar ni quiere obedecer; como no acepta la humillación de reconocer amos ni señores, rechaza la iniquidad de poseer esclavo y siervo.

Manuel González Prada.

PABLO

Nos suponemos románticos. En ello justificamos esta humilde simpatía que hacia la gente de teatro sentimos siempre. Se nos ocurren sus vidas doblemente dignas de ella. Primero, porque es su arte el que más se acerca al pueblo. Y segundo, por su destino. En él se hermanan en suerte con nosotros los obreros. La misma triste desgracia, el mismo injusto contraste nos identifica a ambos.

Nosotros que en la vida somos como azúcar en el agua, materia que se deshace para dulcificarla, tenemos que consumirnos en la más sofocante amargura. Productores de lo mejor que a la existencia hace falta, sucumbimos por abstinencia forzada.

Así ellos; intérpretes públicamente de ideales futuristas de abnegaciones supremas, de amores eternos, su vida particular es la pura negación de todas esas virtudes. Nada hay que pueda salvarlos, alzarlos a un ideal, de bambalinas adentro.

Constructores de un monumento cuya cúpula será la felicidad humana, nadie menos capaz que ellos para alcanzarla; nadie más alejado de esa humanidad ideal de que se hacen encarnación continuamente en la farándula. Son, en definitiva, por lo que evocan y lo que viven, por los vicios en que se hunden y la pureza a que cantan, la representación del contraste.

Y de ellos, de esa familia nuestra tan cercana y tan distante, Pablo Podestá es un símbolo. Trágico símbolo, pero por eso mismo muy suyo.

El, que en su carrera de actor, en su vida de teatro, hizo vibrar tantas veces las fibras del idealismo y del sentimiento en el pueblo, hubo de abandonar la escena por falta, precisamente, de esas mismas vibraciones.

El, que fué el real intérprete, la más pura encarnación de aquel Leandro de Sánchez que con tanto dolor moral indica desde el abismo, a la humanidad que viene, el camino hacia la Vida, sucumbió en el propio abismo, esclavo de todos los vicios, presa de la más terrible de las enfermedades. ¡Pobre Pablo!

Cuando nosotros lo conocimos, ya no era aquel grande actor de quien nos hablan los críticos. El siniestro pajarraco que de un solo picotazo rompió más tarde la cuerda de su equilibrio mental, arañaba ya en su garganta. Su voz, aquella su voz de antes, tan sonora y tan elogiada, habíase transformado en secos y dolorosos ronquidos. Y sus ojos, sus grandes y bellos ojos, miraban como sin ver, tras una sutil cortina de misterioso brillo. Estaba gravemente enfermo. Más tarde se volvió loco. Ahora ha muerto.

Nosotros no lo lloramos; lo sentimos sencillamente. Lo sentimos con la misma profunda pena con que sentimos al que se cae de un andamio, al que muere entre un engranaje o al que escupe, mientras trabaja, a pedazos los pulmones; como sentimos la muerte de todo lo que por haber sido útil se nos va prematuramente.

Pero este sentimiento nuestro no discursea, lloroso en los cementerios ni se hinca ante ataudes. Este sentimiento nuestro es revolucionario, mira adelante, va hacia la Vida. Tiene convicciones profundas de que existe un injusto contraste en todo el orden social y es preciso suplantarlo por una vida igualitaria y consciente.

Olvidemos pues a los muertos y que viva siempre la Vida.

Jacobo Carro.

De la organización

Nada de fecundo hay sobre la tierra que pueda cumplirse acabadamente en sí mismo, sin salir hacia una esfera de acción más elevada. Todo movimiento de reales valores afirmativos tiene, por arriba de sí mismo, un punto de mira, un objetivo superior, una elevada finalidad que lo orienta. Como fórmulas muertas, actividades infecundas, círculos viciosos, son todos los movimientos que no tengan un fin superior al movimiento mismo. Por esto es que el arte por el arte y la organización por la organización se nos antojan formas de la decadencia. Y así como desechamos el arte por el arte porque queremos que cumpla un fin superior a sí mismo, por cuya razón proclamamos el arte por la vida, desechamos igualmente la organización por la organización, como también la lucha por la lucha, o la fuerza que sólo busca el reinado de la fuerza, y proclamamos la organización para la mayor fuerza, la fuerza para la lucha y ésta por una finalidad social de completa liberación.

De lo contrario, encerrados en sí mismos, el arte y la organización, son formas de decadencia; y la fuerza y la lucha expresiones de barbarie. Sin un ideal, orientador y dinámico, todo ello fracasa, igual que el hombre que en la organización, la lucha y la fuerza sólo aparece como un guarismo.

La organización obrera no es ni puede ser finalidad a sí misma; consecuencia de este régimen ha de hundirse con él necesariamente, para abrirse a formas superiores de vida, ya presentidas por muchos en la afinidad electiva, en el acuerdo libre. Y de no ser así, si la organización no fuera, desde ya, más allá del círculo vicioso de la economía burguesa, su fracaso sería palmario, y se haría patente en la lucha sin salida a que estaría permanentemente abocada. Es menester, entonces, desechar todo lo que no desemboque a una finalidad social, superior al movimiento mismo, dejar de lado, por viciosa, la organización por la organización, y, como en el caso igual del arte por el arte, abrirla a fecundaciones más altas, polarizándola hacia un fin concreto: el ideal, objetivo de libertad y expositor de fuerza.

El espíritu universal de las leyes de todos los países es favorecer siempre al fuerte contra el débil y al que tiene contra el que no tiene nada.

Rousseau.

Carbón para nuestra máquina

Andamos mal de finanzas, compañeros. El balance de LA ANTORCHA publicado en el otro número, arroja un déficit de cuarenta y pico de pesos. De seguir así, continuaremos yendo a menos, siempre.

Necesario se hace, pues, que los compañeros y suscriptores se apresuren a enviar lo que suponemos se les irán cargo que hace falta.

Con poquito que cada uno cumpla con su deber, estaremos del otro lado listos y como nuevos para seguir navegando al sombrío promontorio que la canalla burguesa levanta en nuestro camino.

LA ANTORCHA es una máquina destructora de prejuicios y afirmadora de ideales, en marcha conmovedora sobre los rieles de la solidaridad, hacia el Comunismo Anárquico.

Sería realmente una lástima que se detuviera por falta de aceite para sus ejes y carbón para su caldera.

No se olviden de esto. Hay que mandar dinero para LA ANTORCHA, pues el imprentero no nos fía y nosotros apenas si con los granos que en sus columnas depositamos podemos entendernos.

Lo que dicen las máquinas

Cruje hecho ascua el carbón en el hogar; hierve bulliciosa el agua en la caldera; oprime el vapor el émbolo; el émbolo empuja la biela; la biela mueve el eje, hace girar el poderoso volante; y mientras ruje la máquina como fatigado monstruo, la correa sin fin pone en movimiento otros ejes y otras ruedas, otras correas y otras máquinas. La industria marcha, la producción aumenta, el obrero labora.

¡Qué hermoso poder el de la humana inteligencia! A su conjuro se multiplica el movimiento y surgen el calor y la luz.

Pero ¡ay! aún puede la máquina dar al obrero:

—No te engrías. En nada te diferencias de mí. Instrumento de trabajo como yo, tu estómago, como mi hornillo, carbón indispensable, no recibe sino el alimento estrictamente suficiente para que sigas desempeñando tu función mecánica.

Soy un instrumento más apreciado que tú, porque tú abundas más y cuestas menos. Cuando me gasto, me tiran; cuando te gastas te abandonan. Es lo mismo; pero lo mismo, peor; porque tu única ventaja, tu inteligencia, se convierte entonces en daño tuyo; la conciencia de tu pasado será tu tormento. Tú, como yo, dos veces produces, para los otros, no para ti.

Labramos fortunas que te pertenecen y que jamás disfrutas. Obrero: apódera de mí; arráncate de los brazos del capital; tu despotorio conmigo es tu salvación única. Deja de ser instrumento para que el instrumento te pertenezca. Te quiero amo, no compañero. El capital me explota, sólo tú me fecundas. Sólo a ti quiero pertenecer.

F. Pi y Arsuaga.

SOLIDARIDAD

Estamos en lo de siempre: El hombre vale por lo que da; por lo que se abre a los otros hombres. El valor de los valores en las cuestiones humanas, está en la solidaridad. Lo que perdura a través de todos los tiempos, lo que se alza sobre el mundo y alumbra hasta en las más sombrías regiones, es lo que se ejecuta a impulsos del sentimiento. No hay mejor literatura que la del propio dolor, la que se escribe con sangre, que dijera Nietzche.

En este sentido, Wilckens es autor de un poema, de un gran poema humano, su hecho, su bello hecho justiciero. Y ha tenido la virtud de llegar al corazón de todos los oprimidos, hasta en las regiones más apartadas.

Un grupo, un pequeño grupo anarquista, "Los Deseos" — de la lejana ciudad de Morgantown, en N. América, — adjunto a una carta de rudas pero bellas consideraciones, nos remite una importante suma de dinero para ayudar a las gestiones de su libertad...

Estamos en lo de siempre: El hombre vale por lo que da, por lo que se abre a los otros hombres...